

JUNIO

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Eres un cabrón!

Sara había salido fuera un momento, a fumar un pitillo, pues el restaurante era un *espacio libre de humo*. Aquellas palabras procedían de una figura vestida de negro, delgadísima, de melena perfectamente cuadrada, pantalones ajustados y tacones altos. Una mano como una garra afebraba el teléfono móvil que, adherido a la cabeza de aquel cuerpo silueteado en la penumbra, parecía rematar el asa de un inestable jarrón humano.

Había visto a aquella mujer sentada sola en una mesa durante alrededor de media hora. Y recordaba vagamente que su móvil había empezado a sonar y que la mujer se había levantado apretando las mandíbulas mientras alguien, al otro lado de la línea, debía de estar hablando. Al hombre llevaba un bolso negro, enorme y adornado de clavos plateados, con una correa de eslabones metálicos.

No eran los insultos, vulgares, lo que impactó a Sara. Cualquier mujer elegante puede llamar a alguien «hijo de puta» o «cabrón» sin despeinarse o convertirse en la esencia de la vulgaridad. Cualquier mujer elegante puede llamar a un hombre «cabrón» sin perder la sonrisa, o, incluso, de manera tan displicentemente provocativa que el

insulto derive en unas ganas irresistibles de querer seducirla. Lo que impactó a Sara fue el tono en que aquellos insultos habían sido proyectados contra el aparato. No era una voz más o menos controlada, una enunciación cabal en un contexto razonable, sino un grito descomunal en su estridencia, desbocadamente visceral, la ira de un dragón echando por la boca fuego mezclado con ácido sulfúrico.

Aquel grito era, en sí, un grito desgarrador, lleno de contenido. Era un grito que llevaba a imaginarse toda una historia. Aquel solo grito podía reconstruir la vida de esa mujer sin necesidad de más detalles. Podía describir su intimidad, sus ilusiones, sus deseos, su personalidad y, por encima de todo, su biografía amorosa. Aquel solo grito exponía, de forma palmaria, el estado de la cuestión. Tal vez la mujer se hubiera enterado, al mismo tiempo, de dos o tres verdades espantosas: que el hombre que amaba estaba a punto de morir, y que, además de estar a punto de morir, era un depravado asesino en serie, y que, además de estar a punto de morir y de ser un asesino en serie, le había puesto los cuernos durante años. Eso hubiera explicado la contradictoria información proporcionada por la emisión de aquel sonido. Pues había en aquel grito un deje de dolor abrasante, que es el que la muerte siembra a su paso en primera instancia, y había, al mismo tiempo, un estremecedor estallido de iracunda decepción, de traición insoportable.

Pero en ningún momento Sara, paralizada por acción de la ferocidad de unas cuerdas vocales impresionantemente poderosas para un cuerpo tan menudo, sintió que aquella mujer estuviera sacando las cosas de quicio. A pesar de que se la veía patética, gritando en medio de la acera, bajo el cielo estrellado de Madrid, frente a un restaurante frecuentado por gente por encima de la media, y a pesar de que el aparcacoches, que volvía a su posición de vigilancia todo ufano tras encajar un Ferrari en un hueco

imposible, la hubiera mirado como si estuviera frente al monstruo más salvaje jamás visto y, de forma instintiva, hubiera hecho una elipse en su camino, dando un aprensivo rodeo, salvando cruzarse de cerca con ella, y a pesar de que Sara, tan sensible al ruido, hubiera deseado no escuchar aquellos gritos, pudo percibir, tras la apariencia, la desbocada manifestación de una urgencia legítima.

Era evidente que la mujer hablaba con el hombre que la había dejado plantada en la cena. Pero el nivel de rabia que esta había llegado a acumular le resultaba inaudito. Ella nunca en su vida se había visto en semejante situación. Tan desbordada por los acontecimientos que se hubiera olvidado de guardar las formas o de razonar frente a alguien. El aguante, la paciencia de aquella mujer habían sido arrollados por la imperiosa necesidad de ser expresada en voz alta su rabia más animal e incontenible.

Representarse al hombre que hablaba al otro lado del teléfono provocó en Sara una náusea cercana al vómito. De pie, con el pitillo a punto de extinguirse, apoyada en la pared, no dejaba de clavar su mirada en aquella trémula espalda, en la oscura efigie femenina, casi un alambre nervioso, que sostenía el móvil y parecía dispuesta a romper con todo, o quizá, por el contrario, dispuesta a encajar, como ya debía de ser una costumbre, aquel plantón como uno más de la colección de plantones que el impresentable amante le había dado en el pasado y habría de darle en el futuro.

Sara se deshizo de la colilla, cortó aquella conexión emocional sobrevenida y volvió al interior del restaurante, donde su compañero de velada la esperaba. En su cabeza bailaba la posibilidad de que algún día tuviera que sufrir, ella misma, una experiencia de tal calibre. Y se dijo que no, que jamás toleraría ser víctima de un hombre como aquel. Su propio carácter, tan rebelde y determinado, la

hacía incompatible con esa clase de contextos. Ella jamás se pondría en el punto de mira de un tirano grosero. sencillamente no le gustaban ese tipo de hombres. Y a ellos tampoco les gustaba ella. Era algo recíproco. Los maltratadores tienen un sexto sentido para despreciar a las chicas insumisas. Las dejan marchar, e instalan sus trampas en la zona del bosque donde las incautas y débiles cervatillas habitan.

No. Ella jamás habría de caer en esa trampa, pues ningún hombre experto en vulnerables y frágiles sumisas la querría ver ni en pintura. Tenía una póliza contra el maltrato. Eran su personalidad inquieta, su exceso en general, su ánimo aventurero, su impulsivo desorden, su risa pícaro y su manía de discutirlo todo la más segura póliza contra el peligroso acecho de un varón dominador.

Y si no era como aquella mujer, que de tierna cervatilla había pasado a tigre rabioso en el espacio de media hora, sin independiente elección de serenidad, marioneta de su pareja, tampoco quería ser como esas otras mujeres que afirmaban, a cada paso, que los hombres les tenían miedo.

Sara quería ser un alma metafísica, sin ataduras, sin tópicos, libre para configurar un prototipo único, y nuevo, de mujer. Y aun cuando ese modelo era posible en solitario, pues uno, solo, puede escoger qué vida le da la gana de llevar, parecía mucho más difícil construirlo en el mundo afectivo, donde dependes de otro para llevarlo a cabo.

A sus cuarenta años no había perdido la esperanza de encontrar a un hombre que compartiera con ella ese modo de ver las relaciones, pues consideraba que, lo mismo que había mujeres inconformistas con los roles sociales, tenía que haber, necesariamente, hombres en la misma onda. Hombres que no buscasen sumisión o insumisión por norma, sino un ser que lo contuviera todo, que se permitiera, según el capricho selectivo del momento, ser su-

miso e insumiso, activo y pasivo, amante y amado, puro e impuro, lascivo y recatado. Ya que esa variedad era, según Sara, la esencia de la felicidad, pues, para llamarse realmente felicidad, la felicidad debía ser variada, y de ahí se derivaba necesariamente que resultase excitante, intensa y divertida.

Se sentó de nuevo en la mesa, frente a su acompañante, y siguió charlando con él. Lo acababa de conocer en persona esa noche, fruto de un previo chateo en Internet. Sara llevaba unos meses frecuentando esos ambientes cibernautas. Hasta la fecha siempre había encontrado hombres con los que salir y de los que enamorarse, aunque ninguna relación le hubiera durado más de cuatro años. Ese parecía ser su plazo máximo, si bien había tenido sucesivas relaciones más cortas. De hecho, las últimas se habían sucedido una tras otra sin dejar huella, cada vez más fugaces. Ya no se enamoraba tan fácilmente, y le costaba mucho ilusionarse con nadie. Siempre había enlazado unas relaciones con otras. Un hombre sustituía a otro sin transición. Nunca había estado sola, aunque había vivido siempre sola. Y el hecho de que durante un año entero no hubiera aparecido ningún hombre interesante en su vida la había llevado a preocuparse, pues sentía que había perdido sus poderes, aquellos poderes mágicos que si bien no le conseguían un hombre para la eternidad siempre le habían proporcionado aventuras cortas pero intensas, efímeras pero únicas.

Sara no sabía si aquella escasez se debía a ella misma o a que el azar se empeñaba en escamotearle todas las opciones. Si era por culpa de ella, poco podía hacer, pues a esas alturas cambiar el curso de su personalidad se le hacía un obstáculo no solo insalvable, sino, por encima de todo,

impensable. No podía ni quería dejar de ser quien era, y, desde luego, no contemplaba la alternativa de adaptarse al medio. De modo que si el azar se volvía en su contra, habría que forzar al azar para que trabajase en su favor.

Esa manera de pensar fue la que condujo a Sara a Internet, donde flotaban, inciertos, miles de desconocidos sin pareja. Se trataba, pues, de jugar a encontrar uno. Y como el que juega a la lotería tiene más posibilidades de ganar cuantos más boletos compre, lo mismo ocurría en la ruleta del amor, siendo el proceso muy simple y mucho más barato.

Contactar, chatear, halagar, alardear, describirse, entrevistar... y, finalmente, citarse. Era un *casting* sencillo, a veces pesadísimo, pero sin riesgo alguno.

Sara determinó enseguida descartar al candidato de aquella noche. El tipo había aparecido con un Mercedes deportivo, la había invitado a cenar al restaurante japonés más pretencioso de la ciudad y allí estaba, hablando de su trabajo. Vendía implantes dentales y, al parecer, le iba muy bien. Se acercó el camarero y les sirvió un poco más del Vega Sicilia que su acompañante había elegido. Ella se había cruzado de brazos instintivamente, y él, ojo avizor, interrumpió el discurso y le dijo que los descruzara. Sara no entendía nada. Era la primera vez que alguien le pedía que descruzara los brazos. A regañadientes, lo acabó haciendo por no parecer descortés, y le preguntó a qué venía aquello. Él respondió que un vendedor no puede nunca permitir que un cliente se cruce de brazos. Por lo visto, es la más clara forma de distanciamiento, de expresar inconscientemente recelo ante el de enfrente, y el vendedor debía, con cualquier excusa, evitar esa postura, obligando al cliente a abrirse y bajar la guardia. Sara le respondió diciéndole que ella no era su cliente y que no tenía que venderle nada. Él se rió como un conejo y pidió la cuenta.

Cuando se la trajeron, analizó el papel, llamó al camarero y le dijo que aquella cuenta no era la suya. El camarero asintió y recogió la bandejita con la factura. Entonces le comentó a Sara, con aire despreciativo, que esa cuenta no era la suya porque la suya era mucho más cara.

—Eres muy atractiva —le dijo al salir del restaurante—. ¿Te gusta mi coche?

—Sí... —Sara hizo un mohín de coqueto disgusto, repasando con la vista aquel precioso modelo azul oscuro con asientos de piel marfil al que difícilmente podía ponerse alguna pega—. Aunque... prefiero los Mercedes descapotables.

Al cabo de varios días Sara se citó con otro, esta vez abogado. Cuando apareció a recogerla en el sitio donde habían quedado, conducía un Mercedes deportivo, esta vez descapotable. Vaya plaga, pensó ella. Al parecer, ahora los Mercedes los regalaban en las rifas. Durante un tiempo había trabajado como creativa en una agencia de publicidad que precisamente tenía la cuenta de Mercedes, y sonrió para sus adentros recordando que la empresa exigía que el discurso subliminal de venta fuera, estrictamente, el de dirigirse a un público minoritario, con dinero pero con clase. Estaba claro que las cosas habían cambiado desde entonces. Diez años habían pasado, y ahora cualquiera, con clase o sin ella, podía comprarse un Mercedes, de modo que tener un Mercedes no significaba ya nada, pues detrás de aquel volante forrado mimosamente de cuero podía sentarse cualquier patán de medio pelo, obviamente sin clase, que aspirase a que la clase le cayera del cielo precisamente por conducir un Mercedes. O por poder pedir en la mesa un vino prohibitivamente caro, o por ir a restaurantes japoneses o, también, por supuesto, por frecuentar la ópera.

Ella no sentía admiración por un hombre que condujera un deportivo. Sentía admiración, en todo caso, por el diseñador del coche. Tan bello podía ser contemplar las líneas perfectas de un Mercedes descapotable como extasiarse en cada detalle de la capilla Sixtina. Pero para amar de verdad a un hombre debía sentir admiración por él, no por lo que poseía. Sí podía querer a un hombre, por ejemplo, por la música que le gustaba o le emocionaba, pero incluso en ese terreno era difícil desentrañar la verdad, entre tanto impostor.

No, definitivamente ya nada significaba nada en sí. Y por tanto, había que volver a definirlo todo. Esta vez, desde otros parámetros.

Para Sara, los parámetros eran importantes, ya que situaban a la gente en el sitio adecuado desde el que mirarla, desde el que quererla o rechazarla. A ella le gustaban a rabiarse los coches deportivos. Y aun cuando verse de copiloto junto a un hombre seguro de sí mismo, embutida en un pedazo de descapotable y con la melena al viento, estimulaba su imaginación, también era cierto que más la estimulaba verse ella pilotando el coche, con un hombre seguro de sí mismo sentado a su lado. Ella quería el hombre y quería el coche, pero no tenían que hacer paquete inseparable. Es más, siempre había pensado que la verdadera prueba del amor consistía en querer a alguien despojado de todo. Y si salía con un tipo con dinero, Sara enseguida se hacía la inevitable pregunta: ¿saldría con él si no tuviera una interesante cuenta corriente? La prueba del amor era querer estar con alguien en cualquier situación, incluida la de pobreza extrema. Comer en una mugrienta casa de comidas un menú cutre con vino apollillado, ir en el metro cogidos de la mano, pasar la noche en una fonda inmundada, follando y riendo hasta reventar.

Pero, a falta de eso, bien estaba, como sucedáneo para

pasar el rato, comer en buenos restaurantes o disfrutar de un Mercedes con un hombre adosado a él.

Hasta el momento Sara había sabido compaginar la falta de genuino amor saliendo con hombres adinerados que le proporcionasen una especie de escenario sublimado donde la necesidad de pasión fuera sustituida por alicientes consumistas. Era una forma de gastar el tiempo como otra cualquiera. Pues, para Sara, la vida era como un viaje en el que si no estás viendo obras maestras del paisaje de la naturaleza o de la genialidad humana, por lo menos debes estar haciendo algo mientras tanto. Por eso, haber decidido descartar al vendedor de implantes sin darle una segunda oportunidad la había dejado bastante perpleja.

Tal vez la impostora era ella, después de todo. Alguien que aparentaba falsa admiración con tal de disfrutar de un entorno exquisito, aunque el acompañante no fuera un dechado de virtudes intelectuales o careciese de oído, tacto y paladar. Sara estaba segura de que había mujeres sinceramente preocupadas con la alegría inocente de amar a un hombre forrado de dinero. Y esas mismas mujeres eran, desde luego, las que se merecían ir cogidas del brazo de un potentado. Pues el potentado, las más de las veces, buscaba enriquecerse con el objetivo de ganarse a una mujer de esas características. Pero no buscaba a una mujer como Sara, quien, tarde o temprano, dejaba entrever el cinismo displicente que el dinero le provocaba. Tarde o temprano, el advenedizo ricachón se sentía un mediocre juzgado por la impertinente superioridad de Sara.

El abogado empezó por decir que le había mentido en el chat. No tenía cuarenta y cinco años, sino cincuenta y dos. Pero es que se conservaba tan bien, según afirmaba de sí mismo, que no los aparentaba. ¿Debía renunciar a mujeres más jóvenes por esa minucia? Creía que si confesaba su verdadera edad antes de la primera cita perdía oportu-

nidades de salir con chicas bastante menores que él, tan seguro estaba de su apariencia. Sara no tenía prejuicios de esa clase, es decir, no le importaba la edad del candidato, pero le molestó que mintiera, pues daba la imagen de un presumido inseguro, y además, se había dado cuenta de que algunos hombres, justo al pasar la cincuentena, sufrían una especie de crisis que los llevaba a transmutarse en unos obsesos de la salud, despidiéndose de todos los vicios y convirtiéndose a la vida sana. Las bebidas *light*, el *footing*, dejar el tabaco, el alcohol, comer poco y sano, cenar un triste yogur. Sara descartó a aquel aspirante a la santidad inmediatamente. No podía imaginarse salir con un hombre que no bebiera, que no comiera y que no hiciera un exceso de ningún tipo. Le parecía aburridísimo.

Era guapo, canoso, interesante, un americano afincado en España. Un tipo con una conversación entretenida, capaz de aguantar el tirón intelectual de Sara. Pero había renunciado al placer a cambio de vivir unos años más. En realidad, tiraba por la borda la esplendorosa lujuria del exceso a cambio de detener el desarrollo de sus arrugas y poder ligar, unos años más, con chicas jóvenes. Hoy día ya ni siquiera los pactos se hacían con el diablo, sino con los bífidus activos.

Qué pena de Mercedes, pensó Sara cuando aquel viejo prematuro la llevaba a casa. Y qué vida esta... Ya ni un Mercedes descapotable era capaz de levantar una velada...

El siguiente candidato fue un italiano, Mario, que se hacía una autopropaganda tan descarada que a Sara hasta le hacía reír. Iba impecablemente vestido, traje oscuro y corbata roja de seda, camisa de rayas azules; no era muy alto; moreno, fuerte y atractivo. Como contraste con lo serio del atuendo, vestía unas deportivas plateadas con cor-

dones a juego. No traía coche. Tenía cuarenta y seis años y había venido a Madrid a montar una escuela de moda. Había vivido en las islas Caimán, en las Seychelles, en Cabo Verde, en todas partes montando negocios boyantes, que había dejado cuando ya estaban en marcha. Este sí era un vividor, recio, bronceado y nada tímido. Lo mejor de la velada, en una terracita al aire libre, fue cuando él afirmó que era más inteligente que ella. Sara se quedó boquiabierta, con la copa en la mano. Lo miró fijamente, como si enfocándolo mejor pudiera dar marcha atrás a la conversación y afinar el oído en busca del gazapo. Qué va. Lo había entendido perfectamente. Él no solo creía que era más inteligente que Sara, sino que había osado decirlo en voz alta. A continuación, Mario le explicó a Sara por qué era más inteligente. Porque había vivido más, había aprendido más y se había curtido en todas las batallas. Sabía todo lo que hay que saber de economía, de moda, de finanzas, de estilo y de cómo vender un producto aunque fuera una mierda.

Sara pensó que Mario no era tan buen vendedor, después de todo, ya que siendo él mismo una mierda no había conseguido que ella quisiera comprarla.

La jugada vino luego. Sara quiso largarse, pues la verborrea empalagosa de Mario ya no daba más de sí, y le dijo que tenía que irse. Mario la acompañó caballeroso a un taxi y al hacer ella el gesto de despedirse, él le dijo que la llevaba a casa. Sara se resistió, y el otro insistía y forcejeaba, así que no le quedó más remedio que aceptar que entrase en el taxi. Durante el camino Sara iba diciéndose que aun cuando Mario tratase de subir, haciéndose el pegajoso, ella habría de darle un educado corte e impedirselo. Pero, llegando a su portal, Mario le confesó que tenía un problema, que estaba haciéndose pis y que no podía aguantar más. Sara, cogida a contrapié, no acertó a en-

contrar excusa verosímil para despacharlo y no le quedó más remedio que apiadarse de él y dejarlo subir a su piso. Cuando Mario salió del baño se le echó encima y ella, que llevaba tres meses sin hacer el amor y un par de gin-tónicos encima, decidió entregarse al destino. Se desnudaron y él la poseyó, pues no hay verbo que defina mejor cómo hacía el amor Mario.

Una semana después Sara chateaba con desgana. Se acababa de sentar en el ordenador, con un café en la mano. Eran las nueve de la mañana y se había acostumbrado a chatear a esas horas tempranas. Después de un rato de flirteo cerraba el chat y se ponía a trabajar. Estaba restaurando una cheslón decó. A eso se dedicaba, a restaurar muebles caros, cuadros y demás objetos para anticuarios o clientes ricos, tarea bastante bien remunerada. Hacía muchos años que había dejado la publicidad. Y lo había hecho sin saber muy bien por qué. Le gustaba pensar que había sido un gesto romántico el que la había alejado de aquel mundo banal y manipulador. Sara había diseñado una campaña que ella consideraba distinta, rompedora y a la vez honesta. Pero, al final, el cliente había impuesto otra con burdas intenciones, más sucia, a juicio de Sara, de lo que incluso la publicidad podía o debía permitirse. Jugaba con los sentimientos, y eso Sara no lo toleraba. Le asqueó profundamente ver el anuncio de un coche en el que se sucedían situaciones en las que el ser humano podía ser traicionado. El mensaje no podía ser más trapacero: «Tu pareja puede dejarte tirado, incluso tu mejor amigo puede dejarte tirado, pero el coche X nunca te dejará tirado. El coche X es el único en el que puedes confiar».

La publicidad ya no era fuente de diversión, sino de hartazgo. Y Sara solo admitía dedicarse a algo pragmático

si a cambio era divertido. Vivía, y ella lo sabía, dividida entre el idealismo más militante y el disfrute amoral de la existencia. Y cuando el idealismo no encontraba resquicio para hacerse mínimamente tangible, se refugiaba en un mundo de fantasía donde robar momentos de excitación sin cuestionamientos.

A Sara le importaba lo que hacía siempre y cuando obtuviera fruto, ya fuera simple reconocimiento de su valía, con lo que en ocasiones se conformaba, ya fuera un mínimo gesto que pudiera contribuir a cambiar en algo los modelos establecidos. Le gustaban los retos, introducirse en un medio hostil para minar, en la medida de lo posible, lo rancio o lo fraudulento. No le gustaban las militancias descaradas, sino horadar desde dentro, clandestinamente. Nunca supo bien el motivo que la llevó a pensar que dedicándose a la publicidad podría haber cambiado algo. Tal vez el aburrimiento que le producía aquel trabajo no era sino decepción, sentimiento de fracaso. Y no quería volver a sentirlo.

Renunció, se marchó de la empresa y decidió dar un vuelco a su vida profesional. Había estudiado Bellas Artes. De modo que escogió una nueva ocupación, esta vez sin jefes por encima. No le costó formarse como restauradora; era minuciosa y exigente, y se había convertido en una profesional cotizada. Trabajaba unas veces en casa, si el mueble u objeto era transportable, y otras se desplazaba fuera. La restauración se convirtió en su refugio. Desde allí no se podía cambiar nada, pero, a cambio, nadie podría entrar a destruir sus sueños.

Y, sin embargo, cuando buscaba un hombre entre todos los hombres que habitaban el ciberespacio, esperaba, secretamente, dar con uno que le permitiera si no cambiar el mundo, cambiar su mundo y acomodarlo a ese arquetipo especial y único que anhelaba. Consideraba que

si bien la sociedad era un leño duro, un pedrusco difícilmente penetrable, habría un solo hombre sobre la faz de la Tierra capaz de contravenir el orden establecido, jugando, junto a ella, a reescribir el destino, a pintar el paisaje de manera extraordinaria, de modo que vivir adquiriese por fin el sentido que para ella no tenía. Pues ese era el sentido pleno de la felicidad: encontrar a su alma gemela, un hombre tan asqueado de los tópicos, y tan enamorado de lo intenso, que despreciara el límite entre lo imaginado y lo real, amoldando la realidad, tan terca como apasionadamente, a un sueño compartido, a un modelo de vida elegido por voluntad propia, fuera de la limitada ley de los humanos.

Pero quizá ese hombre no existía o, si existía, tal vez no se habría de cruzar jamás con él. Pues si no lo había encontrado en cuarenta años, ¿qué le aseguraba que lo podría hallar entre todos aquellos náufragos del amor?

Depender de otra persona para encontrar el tesoro era demasiado duro. Y ella sola no podía emprender el viaje en busca del tipo de vida que ansiaba, pues la felicidad perfecta residía, justamente, en ese sueño compartido. Un sueño que, por otra parte, Sara siempre había pensado que tarde o temprano habría de llegar, y por esa razón nunca se había preocupado de acelerarlo. Pero el paso de los años, la sucesión de historias que no cuajaban y el desierto amoroso por el que atravesaba habían acabado por crearle la ansiedad de la sospecha de que tal vez el solo deseo de querer o esperar algo no aseguraba el conseguirlo, y que a partir de una determinada edad seguir teniendo sueños de esa clase era como pretender creer que, a sus años, si se subía en el tobogán de un parque nadie la fuera a mirar con extrañeza.

Bebió un sorbo de café, aquel sabor conocido, quiso mirar atrás en su biografía, tratando de localizar alguna

oportunidad perdida, y no pudo ir más allá del vendedor de implantes, o del abogado, o de Mario. Todos ellos, a pesar de su fachada de triunfadores, transpiraban algo distinto de la esperable alegría del éxito, una especie de desapercibido desconsuelo. Eran seres incompletos, rastrellando la tierra, excavando en busca de raíces. Seres torpes y hambrientos.

Y entonces el corazón se le encogió a Sara, pensando en ellos. Algunos gestos de niño, algunas sonrisas tímidas, sinceras, que traicionaban la aparente entereza, se le cruzaron en el recuerdo reciente, y le devolvían la inocencia que en las almas de aquellos hombres revoloteaba. Ellos, con sus coches despampanantes, con sus doradas tarjetas de crédito, con todas sus armas para camelar, y sus gustos caros, aprendidos por mimesis, y sus palabras falsas, aprendidas para dar en la diana de la vanidad femenina y así ganar el primer asalto de la seducción, le tiraban de la piel a Sara, como una caricia que rechazas pero te hace sentir bien. Y aquel roce, como el roce inesperado del pelo de un animal, como la cola de un gato que te toca sin querer, llevó a Sara al umbral de una sensación diferente. Algo así como lo más parecido a la idea que de la ternura tenía. Pues había conseguido puentear su imagen, sus posesiones. Había conseguido verlos sin coche, sin dinero, sin su labia. Desnudos y ateridos de frío, aunque ni ellos mismos supieran lo que eso significaba. Subidos, igualmente, en el tobogán del parque, esperando a que el sueño, un sueño tan parecido al de Sara, se convirtiera en realidad.

Todo el desprecio que le inspiraban se disipó de pronto. Toda la soberbia que le provocaban se volvió niebla.

Era ese frío transmitido por la barrera de su patrimonio o por su amañada palabrería de pésimos vendedores el que la llevaba a descartarlos. Y era verlos sin nada, desposeídos,

lo que la llevaba a sentir ternura por ellos. Tal vez por eso mismo ya nada le decían los descapotables, o los restaurantes japoneses, o una conversación sobre arte u ópera. Ya nada le decía todo eso si por detrás no averiguaba qué sentían aquellos hombres. Porque lo que ellos sentían debía de ser la misma humana sensación que ella sentía. Y ya no le valía compartir la belleza de una pieza musical o el sofisticado contraste de sabores de un tartar de atún, o ponderar el salpicadero de un coche de lujo, pues eso había quedado atrás, muy atrás en la curiosidad de Sara.

Era el roce de un hombre, el roce de un ser humano como ella, lo que, al parecer, la podía hacer estremecerse. Y lo que ella quería era entrar en ese castillo interior tan bien guardado. Penetrar en el mundo afectivo, en el drama oculto de los hombres. Deseaba desnudarlos, arrancarles la cazadora de cuero y el reloj de marca, verlos en calzoncillos emocionales.

Quería que, en lugar de hablar de coches o de dinero o de política, algún hombre se bajara al pozo de las aguas oscuras o subiera a las turbulencias de la emoción y fuera capaz de analizar su alma, de querer entrar en ese santuario. La incierta aventura de escudriñar el corazón de un ser humano, entender sus razones, su locura, su infierno, le parecía a Sara infinitamente más excitante que el admirable diseño de un coche deportivo, o que la infinita gama de matices de una ostra perfumada.

El hecho de que ya no le dijera nada montar en un Mercedes abría un abismo, un hueco que no sabía cómo llenar. Tal vez el vacío de los objetos, o de la ambición, podría abrir espacio a otras experiencias. Quizá dejar paso a la emoción. No a la emoción de alto volumen, la estridente excitación que ella siempre había buscado, sino a ese otro tipo de emoción sutil, desapercibida, modesta, como la ternura.

Le parecía que si podía nacer en ella la idea de la ternura, quizá, de ahí, podría nacer en ella la experiencia real de la ternura.

Y mientras se replanteaba volver a citarse con alguno de aquellos personajes, para intentar verles el forro, por dentro de la chaqueta, porque quizá eran de otra pasta que aquella de la que presumían y que tanto detestaba Sara, porque quizá habían elegido mal el molde en que encajar o, tras la apariencia, el zapato les apretaba, le entró a Sara un mensaje.

Me gustas. No puedo ni quiero evitarlo.

Sara investigó más. Abrió la ficha de aquel desconocido. Vio la foto de un hombre de pelo canoso, cuarenta y tres años, cara cuadrada, cejas oscuras, ojos luminosos, verdes, cuello ancho, hombros fuertes. Su texto de presentación decía escuetamente: «Soy extrovertido y divertido. Me gusta viajar y los buenos vinos. Busco una mujer atractiva interior y exteriormente». Le llamó la atención su mirada. No enfocaba a la cámara, sino a un punto ligeramente más alto, como si estuviera observando un territorio invisible, entre el suelo y el cielo. Una sonrisa suave y un gesto contenido, mientras que los ojos, en el marco de aquel rostro, brillaban secretamente, tal vez imaginando, o viendo de verdad, las mil posibilidades de ese territorio oculto que solo él conocía.

Atacaba por varios flancos. Aparte del mensaje, la invitaba a chatear justo en ese momento.

Fue su foto, junto con la frase, breve, concisa, brutal, «Me gustas. No puedo ni quiero evitarlo», lo que indujo a Sara a aceptar chatear con él. Pero no obtuvo respuesta. Esperó un tiempo y, luego, se decidió a escribirle un mensaje.

Hola: Abro el buzón y me encuentro este mensaje en una botella, mojada de agua salada, que ha llegado a mi orilla. Breve, directo, y al mismo tiempo algo así como la promesa de un pirata que surca los mares y entre tormenta y tormenta de pronto se para a oír los latidos de su corazón. Me has alegrado el día, corsario. Hoy estaba algo mustia y tú has conseguido el milagro de hacerme sonreír, casi como una niña ilusionada. Si eso significa que me gustas, tampoco puedo ni quiero evitarlo. Sara.

Sara se levantó del ordenador y se dispuso a retomar su tarea con la cheslón. Había sembrado, y solo quedaba esperar la incierta cosecha. Incapaz de concentrarse en lo que estaba haciendo, volvió a mirar el buzón al cabo de un rato. Había un mensaje:

Perdona, estaba en la ducha. Quiero saber de ti. Soy Enzo.

Sara le escribió entonces:

Hola, Enzo:

Me llamo Sara. Mientras te duchabas, yo a gritos en el chat y tú cantando bajo la lluvia...

Dices que quieres saber de mí. No sé en qué sentido. Pero vamos allá...

Me interesan las relaciones tridimensionales (amor, sexo e intercambio intelectual) o, dicho de otro modo, las relaciones donde trabajan el cuerpo, el corazón y la cabeza.

Me cuesta encontrar a alguien que sea lo suficientemente cabal, culto, sensible y exquisito, y al mismo tiempo lo suficientemente perverso y jugador como para estimular todas las extensiones intelectuales y sensoriales de mi personalidad múltiple.

Me rompo bastante la cabeza en buscar la felicidad. La real, no la utópica. O sea, la que se puede tocar, que es para mí la verdadera felicidad.

Soy bastante chistosa. Me divierten los diálogos ingeniosos. Y disfruto riendo.

De tu perfil me han gustado tus ojos de soñador.
Un saludo,

Sara

Pasaron veinte minutos y Sara no pudo más. Volvió a consultar el correo. Había un nuevo mensaje.

Hola Sara,

La verdad es que te esperé, pero como no llegabas encontré consuelo en el agua tibia. El conocimiento se pretende en todos los sentidos, qué cosas te hacen sentir, por cuáles padeces, qué hay que hacer para conquistarte, para que llores, para que rías, qué tal besas, cuáles son tus lugares, tus sitios favoritos, aficiones, intereses, anhelos.

Me encantan la simpatía, la ironía sin acritud, la provocación divertida...

En realidad llevo gafas, pero, a veces, me las quito... Quiero saber más, cuéntame.

Besos,

Enzo

Y Sara respondió:

Me gustan las gafas. Conmigo no hace falta que te las quites.

Contestar a tu cuestionario es harto laborioso, complicado, pero me encantan los retos, así que allá voy:

¿Qué cosas me hacen sentir? El amor me pone en órbita. Lo reconozco. Una mirada, una caricia, un beso delicado me electrifican de placer. Cualquier momento de intensidad de los sentidos es digno de celebración. También me emociona la emoción verdadera de los otros. Ah, y la música.

¿Qué cosas me hacen padecer? Sobre todo, odio la injusticia y el abuso de poder. Y me espanta el sufrimiento humano en cualquiera de sus facetas. Nunca entenderé, por más que lo intente, que nadie haya venido al mundo a que lo apionen.

¿Cómo se me conquista? Conversando sin prisas. Mirándome a los ojos, construyendo ilusiones, compartiendo entusiasmo, soñando conmigo, tejiendo historias. Cogermme de la mano e invitarme a beber un daiquiri bajo un cocotero...

¿Qué hay que hacer para que lllore? En cuanto se me toca la fibra sensible, estoy perdida. Pero las mejores lágrimas son las que surgen de la felicidad. Pues sí, la felicidad también hace llorar.

¿Qué hay que hacer para que ría? Yo río mucho. Es una necesidad permanente. Siempre he dicho que si desterraran el amor del planeta, para mí la vida, si se le presume algo de sentido, dejaría de tenerlo. Pues lo mismo me pasa con la risa. Si se nos robara la risa, me largaría del mundo. Pero no en plan suicidio, no, eso no. Lo que haría sería buscar un hombre dispuesto a fundar una colonia de supervivientes en cualquier planeta de la galaxia, donde proteger nuestros mejores valores (la risa, la reflexión, el amor, la pasión, el vino...).

¿Qué tal beso? Uf. Ya solo de contestar esa pregunta me pongo un poco... blandita. Me parece que bien. No es presunción, es que yo tengo la teoría de que las personas que besan bien son exactamente aquellas a las que les gusta besar. Y no es una obviedad. Hay gente que no le da importancia, y por eso mismo besa como un boceto. Yo sí, a mí me gusta mucho deleitarme, demorarme en un buen beso, pintarle todos los detalles. Además, es un medio de comunicación sin palabras prodigioso.

Mis lugares: cualquiera, porque lo que importa es con quién estás en ellos. Pero concretando, la playa antes que el campo. Bueno, en realidad, el mar. Y cualquier sitio nuevo.

Mis sitios favoritos: esta pregunta me cuesta contestarla. No tengo sitios favoritos. Son los que van surgiendo.

Aficiones: me gusta el cine, leer, escribir, conducir, viajar... También el arte, obviamente, pero eso no lo considero una afición, sino un oficio. Soy restauradora.

Intereses: la vida en su totalidad. Soy una curiosa impenitente. Constantemente me hago preguntas: ¿qué es lo que nos mueve, qué nos hace verdaderamente felices o infelices? ¿A cambio de qué estamos dispuestos a vendernos? Lo que perdemos, por qué lo perdemos, lo que no sabemos conservar. Lo que nos creemos y a lo que renunciamos. La resignación. Los convencionalismos... Es demasiado para resumirlo aquí. Y, desde luego, ando siempre embarcada en alguna aventura en busca de tesoros ocultos.

Anhelos: ahora mismo, en este momento de mi existencia, me gustaría tener una historia de amor. Me gustaría dar besos con contenido, huir de las simples reacciones químicas o de los calentones momentáneos. Me gustaría sentir algo que perdurara, sostenido en el tiempo.

Bueno, creo que lo he conseguido. Responder a todas tus preguntas.

Sinceramente tuya,

Sara

Enzo respondió:

Gracias, no me las quitaré. Me gustan tus respuestas, me atrae esa prosa, me interesa, me incita y me excita. Lo del cuestionario tiene su lógica, trabajo en estudios de mercado, tengo una empresa propia desde hace varios años.

La música también me gusta, soy muy aficionado a la ópera, tengo abono del Teatro Real y del Liceu de Barcelona, también me gusta la música pop. La gastronomía y la música ocupan gran parte de mi tiempo libre, este fin de semana estuve en Múnich viendo el estreno de *Alicia en el País de las Maravillas*. También me gusta viajar, jugar al tenis, leer, museos, cine, teatro...

Más preguntas: ¿cómo es tu voz? ¿Conduces mucho? ¿Qué coche tienes? ¿Te puedo invitar a cenar? ¿Qué restaurantes frecuentas? Quiero saber más de ti.

Besos,

Enzo

Sara paró allí. Tal como Enzo se describía no dejaba de ser uno más del montón. Otro esnob con dinero, tan previsible como poco original. Cumplía con todos los requisitos. Sara tenía hasta un nombre acuñado para aquel tipo de personaje. Lo llamaba, irónicamente, *godo*. Denominación que había forjado con las iniciales de cuatro palabras que, según ella, definían al arquetipo: *Gastronomía, Ópera,*

Dinero, Ordinariez. El último detalle, esto es, la ordinariez, no necesariamente se refería a la falta de urbanidad o educación. Aunque a veces era bastante palmaria y se traducía directamente en malos modales, en otras ocasiones era algo más sutil, que solo se podía observar en el trato directo y a través de significativos detalles. También *ostentación* empezaba por *o*. Pero Sara la incluía en el paquete más amplio de la ordinariez. De modo que la ordinariez era algo así como el resultado directo de la falsificación. Bien es verdad que algunos falsificadores eran avezados expertos, y difícilmente se les veían los fallos, pero lo que tienen los falsificadores es que, si bien copian muy bien del original, a la hora de manchar un lienzo con su propia creación se les queda la mente en blanco y la mano fofa.

Un *godo* era, en definitiva, alguien que había hecho dinero y con él se pagaba un asiento en el palco de la apariencia. Alguien que creía que el buen gusto es una herramienta para comprarse un espacio de solvencia ante los demás. Alguien que estaba convencido de que el buen gusto debe mostrarse en el escaparate, y no residir en la trastienda. Gurmé, melómano, entendido en vinos y con una visa platino. Un *godo* era alguien que frecuentaba los restaurantes de diseño y que sentado a su mesa pretendía adquirir la entidad de la que desnudo carecía. Era un ser vacío que necesitaba llenarse para sentirse encarnado, una especie de bulímico de la buena mesa. Generalmente el *godo* era, además, un petulante desvalorizador, lo cual equivalía a que nunca nada llegaba a estar a la altura de su riguroso nivel. Alguien que creía que exigir y protestar, que rechazar un vino al sumiller o devolver un plato a la cocina, que poner firmes a los camareros o al metre le daba aires de aristócrata, mientras, al mismo tiempo, pontificaba sobre política y se jactaba de lo socialista que era. Y Sara, que estaba muy sensibilizada con la hipocresía ideo-

lógica, se escandalizaba ante aquellos falsos progresistas que, dueños de grandes o medianas empresas, explotaban a sus trabajadores con sueldos miserables para poder costearse vinos de seis mil euros la botella y alardear así ante amigos y conocidos. Desde esa posición, la sensibilidad de la que pretendían estar dotados era una burla vergonzante, un acto de inmoralidad manifiesta.

Hasta el momento, Enzo se había ganado las tres primeras letras de la denominación de origen. Quedaba por saber si se merecía la *o* de ordinario, o, por el contrario, se salía del cliché y era un hombre extraordinario. Pues poseer o no la cuarta letra era lo que a ojos de Sara marcaba la diferencia. La diferencia no la marcaban los gustos o las ocupaciones, la adoración de los iconos culturales del refinamiento, la gastronomía o la ópera, o el tener dinero. Eso no hacía a nadie merecedor de respeto, admiración o amor, ni tampoco lo descalificaba. La diferencia la marcaba aquella simple *o* final.

Pues para Sara un ser realmente refinado debía estar tocado con un halo de cierta espiritualidad, un modo delicado de tratar a los demás, de considerarlos, una actitud elevada, por encima del materialismo, que no necesariamente iba cosida al gusto por la comida japonesa. Es más, Sara miraba con sorna aquella moda imperante de ensalzamiento de lo oriental, el modo en que mucha gente se daba un aire sofisticado, entendido, solo por comer *sashimi* con palillos, por ponderar un bocado de pescado crudo, como si el mero hecho de comer al estilo de un país consiguientemente provocara que se le colase dentro a cualquiera el espíritu o la filosofía de un pueblo de costumbres ajenas. Y tampoco veía ella, por otra parte, que el mundo occidental necesitara imitar una cultura que no era la suya para sentirse un poco menos zafio o egoísta, un poco menos agresivo o descreído, un poco menos utilitario o materia-

lista. Como si en la ramplona reverencia de un trozo de rape crudo, al tragarlo, el depredador de turno, estresado y exigente, devorado por la ambición y el consumismo, levitara súbitamente envuelto en una nube de milenaria civilización, en un halo de misticismo sibarita, convertido, por unos segundos, en un santón budista o similar.

Sara se preguntaba por qué Occidente no buscaba revisar y reconstruir su propio estilo de pensamiento espiritual y filosófico, bebiendo de sus milenarias raíces y sin necesidad de ir a rebuscar en los muestrarios de otros. De modo que se sentía mucho más cerca, por ejemplo, de Sartre que de Buda, y consideraba que el existencialismo había sido desde siempre malinterpretado. No pensaba que fuera un siniestro demolidor de la fe, un destripador de sueños, antes bien, era el enemigo declarado de la gregaria resignación. En su defensa de la acción como única forma de manifestarse el hombre, en su anteposición de la existencia a la esencia, había una invitación declarada a vivir, a amar, a convertir las ilusiones en realidad, sin excusas o dilaciones. En su crítica del irracionalismo, Sartre había intentado recuperar el espacio de la voluntad personal como motor del progreso del mundo, frente a los que opinaban que en la vida había que asumir las propias limitaciones y dejarse fluir deterministamente, víctimas complacientes del pasado, del azar o del destino.

Si bien era cierto que estábamos solos en la vida, a cambio éramos libres. Libres para actuar y elegir. De qué servían la relajación, el yoga, el taichí y demás actividades importadas de Oriente, si aquí solo se asimilaban como una mera válvula de escape contra el estrés o como un ramplón método para sentirse uno especial, por encima de la plebe, y no como una herramienta de reflexión aplicada a la práctica, una fórmula para permitir arribar a la consciencia las posibles opciones de movimiento futuro, una vía

para luego actuar o para tratar de cambiar el estado de cosas. En opinión de Sara, al camino de la contemplación debía seguir, necesariamente, el de la acción. Por lo que, según ella, el cambio occidental pasaba por redireccionar el curso de la acción en favor de nuevos y meditados ideales, no en embarrancarse lánguidamente en el místico ombligo de la inmovilidad.

A la mañana siguiente, Sara tenía un nuevo mensaje de Enzo, esta vez en el correo del chat.

Hola, Sara. Ayer te eché mucho de menos, tenía muchas ganas de ti, de mirarte, de olerte, de perderme contigo en islotes de mar dulce y tranquilo. Quería hablarte y que me contaras, caminar por los tejados en una noche cálida y de vientos puros. Espero no pasar otro día entero sin ti. Un beso. Enzo. 609006057.

A Sara le hizo gracia que le escribiera allí, pues se habían dado los correos electrónicos personales y, de hecho, ya habían pasado a comunicarse por ese medio. Aquel ejercicio de desdoblamiento era, cuando menos, una actitud que mostraba cierta originalidad. Como si Enzo estuviera jugando a ser dos personas distintas. Tal vez fuera un individuo un poco más complejo. De modo que decidió iniciar un juego con él, a ver cómo reaccionaba. Así que no le contestó por el chat. Le escribió al correo electrónico:

Querido doctor Jekyll:

He recibido una carta de Mr. Hyde, desde el lado oscuro... Su alma perturbadora, atormentada y excelsa me seduce... Semeja ser un faro en la costa que me hace señas para que abrigue mi barco en el abrazo de su playa, y en realidad lo que esconde es el sutil filo de una

aventura tan peligrosa como atractiva... Es un mago en posesión de todos los trucos, dueño de todos los ases, y yo soy una mujer pre-dispuesta a caer en el abismo...

Querido Jekyll, entiéndeme... ¿Nunca te ha ocurrido nada semejante? Saber que estás metiendo la pata, que escoges el camino más escarpado y estrecho, bordeando el precipicio, que tu conciencia te grita y te pide volver atrás... no hagas eso, no seas insensata... la vida es otra cosa, la vida es lo conocido, es lo que dicen los demás que es lo correcto, la felicidad es lo seguro... Y mientras eso ocurre, tú te vas alejando cada vez más de la orilla segura y tranquila, porque te llama lo desconocido, porque quieres jugar, porque quieres ser un niño travieso..., porque la pasión en la ruleta de la locura es como el mejor columpio de tu vida...

¿Podrás perdonarme?

Tuya,

Sara

Enzo entonces le respondió:

Querida Sara:

Me llena de satisfacción recibir noticias tuyas. Mi cara, en este momento, adquiere colores de ilusión que hace tiempo no percibía, mucho tiempo. Bien sabes cómo somos los médicos, siempre sufriendo por nuestros pacientes, es difícil soportar tanto dolor cuando estás solo. En cuanto a Mr. Hyde, no seré yo quien hable mal de él, pero no te dejes llevar por esos impulsos de juventud que a la larga a nada conducen. La mayoría de esos barcos encallan en la primera orilla y su fulgor es tan efímero que el sufrimiento posterior no merece la pena. Creo conocerte bien, sé que mereces otra vida, una vida mágica, pero sin peligros, con la seguridad de que tú y yo alcanzaremos juntos la felicidad real, la que se puede tocar, la que es para nosotros la verdadera felicidad.

Anhelo verte,

Doctor Jekyll

Sara quedó encandilada. No solo le seguía el juego, sino que lo hacía con ingenio. Así que le respondió:

Querido Jekyll:

Tus palabras me han conmovido, y al mismo tiempo me dividen. Empiezo a pensar que eres más oscuro y perturbador que Mr. Hyde... y que, en realidad, Mr. Hyde se lleva el oropel de la intensidad, mientras que tú escondes tu pasión, obligado por el honor y el pudor, por el peso de tus compromisos con el mundo. Ese pudor es, por lo mismo, un pudor teñido de vida, de energía aprisionada, cargado de tan secreta emoción que me hace temblar. Me gustaría acariciarlo, tenerlo en la mano, como una mariposa aleteando, frágil, complicado, hermoso.

Y así me alejas de Hyde, y me atraes hacia tu luz, coloreada de sombras e incógnitas.

Lo cual quiere decir que ahora el peligro está en ti...
Atemorizadamente tuya,

Sara

Y al mismo tiempo le escribió al correo del chat:

Querido Mr. Hyde:

Resultas misterioso, sensual y provocador. No sé si tratarme contigo... o refugiarme en las encantadoras maneras del doctor Jekyll, el empresario sensato que me escribe desde el otro lado del espejo, desde el lado luminoso de la vida. Si me aventuro aquí, en tu abrazo oscuro, en este territorio de proscritos, corro el peligro de perderme. Si voy con Jekyll podré sentarme a cenar tranquila en un lugar escogido con exquisito gusto..., hablar de música, tal vez darnos la mano, mirarnos a los ojos... mientras en algún otro lugar, tú, Mr. Hyde, te empapas ebrio de pasión bajo la lluvia de la intensidad, sin mí. Pero no te echaré de menos. Porque estaré con Jekyll, bajo su protección, bajo el amparo de su sonrisa, y podré descansar mis labios en su cuello, el territorio de la paz... Jekyll es dulce y bueno. Y su sensibilidad ilumina la noche más negra. Me alegra.

¿Podrás perdonarme?

Tuya,

Sara

Enzo le respondió entonces al correo electrónico:

¿Se puede echar de menos a una persona que no conoces? ¿Debería hacer lo de siempre, mostrarme indiferente, distante? Uf, qué lío más interesante...

Y Sara le contestó:

Enzo, me planteas temas que me apasionan. Y lo malo es que hoy no tengo mucho tiempo. Tengo que terminar un trabajo, y no puedo dedicarme a contestarte como te mereces.

Pero, por favor, no me seas indiferente ni distante. Como tú mismo dices, eso es lo de siempre. Y no sé si cada vez que lo has practicado te ha dado el fruto esperado...

Yo te confieso que eso de la indiferencia no sé hacerlo bien. Enseguida me descubro. Soy activa, no pasiva. Me entusiasma la vida y no puedo permanecer indiferente. Como táctica, claro, es una opción que se lleva mucho. Pero me parece insana, cuando no idiota. Y muchas veces lo que oculta es, cada vez más, un miedo tremendo a mostrarse, a quedarse en calzoncillos emocionales.

Dichosa imagen... Somos esclavos de ella, y total, ¿para qué? ¿Qué obtenemos a cambio? Relaciones banales, falsedad, manipulación. ¿Y todo lo que nos perdemos? Naturalidad, mostrar nuestras necesidades y nuestros deseos sin miedo a ser juzgados. Resulta que somos humanos y nos da por «necesitar» y «desear». Y parece que aspiramos a aniquilar estos verbos. El día que no necesitemos ni deseemos nada conseguiremos la total independencia individual, y ese día será también el más triste de la historia de la humanidad. Sin roce, sin besos, sin miradas, sin intercambio verbal...

La felicidad, en mi opinión, reside en disfrutar de los dones de la vida: paisajes, viandas, néctares, sensualidad, emoción... Pero su más alto estadio es el disfrute en compañía. Y eso tú lo sabes: no es lo mismo comerte una buena nécora —es un ejemplo— a solas en

una mesa que estar con otra persona percibiendo semejantes sensaciones al unísono.

La felicidad es la vibración de placer compartida con el otro.

Yo necesito. Yo deseo. Lo confieso. Ni puedo ni quiero evitarlo.

Mi experiencia es que justo cuando alguien te enseña los calzoncillos emocionales es cuando más tierno, más encantador, más auténtico se muestra. El miedo al ridículo es una forma de cortarnos las alas. Recuérdalo, por favor.

¿Has montado alguna vez en globo?

Besos,

Sara

Y Enzo respondió entonces:

Querida Sara:

Que estés liada con tu trabajo me parece lo suficientemente importante como para no molestarte, pero no puedo remediarlo, tú puedes más, la necesidad de ti, de saber, de conocerte... a fuego lento, claro. Contigo no es posible la indiferencia ni el distanciamiento, ya formas parte de la felicidad de estos días, ya eres presente y serás historia, por lo vivido, imaginado, sentido, reído, quién sabe si futuro, me gustaría.

Estoy de acuerdo con la definición de felicidad, sobre todo con el compartir y el disfrutar de las cosas bellas. No tengo miedo, creo que casi nunca lo he tenido, no soy un kamikaze, pero soy muy valiente, también necesito y deseo... Me acuerdo de un amanecer en Tanzania, era el primer día de enero de hace siete u ocho años. En un jeep viajábamos cinco personas, paramos de repente, una leona tumbada en el camino, había que despertarla con sumo cuidado, las leonas tienen muy mala leche, el proceso fue lento, laborioso, muy sutil... Logramos que nos dejara vía libre, un viaje en globo nos esperaba. ¿Hay mejor manera de empezar el año?

Te beso,

Enzo

Y Sara respondió:

Eres la tentación constante, Enzo. Eres peor que Jekyll y Mr. Hyde, porque eres una suma de los dos...

Si me estimulan las neuronas, estoy perdida. Puedes hacer de mí lo que quieras.

Y encima, si me besas así, ya no respondo...

Yo nunca he volado en globo y es uno de los sueños de mi vida. Me gusta que lo hayas hecho, porque de algún modo significa que posees mis sueños.

No me extraña que las leonas tengan muy mala leche. Es que son las que van al trabajo, de caza, a la compra, etc., mientras el león se tumba como un pachá a vivir la vida. Nada que ver con los pingüinos. Son los animales más desprendidos de la Tierra. ¿Sabes que los machos son los que incuban el huevo durante semanas y lo defienden contra viento y marea?

Y Enzo respondió:

Yo poseo tus sueños y tú me posees a mí... Me encantan las matemáticas, asociarnos y conmutarnos. ¿Nos vamos a Camboya a volar en globo? ¿Qué haces para gustarme tanto?

Y Sara respondió:

Compartir mi amor por la vida contigo...

¿Y tú qué haces para gustarme tanto a mí, niño travieso?

Y Enzo respondió:

Los días son diferentes desde que estás tú, una sensación de euforia, la conoces bien, inunda mi despacho, mi casa, mi vida... Quiero besarte en todos los colores, tonalidades, países... Tarde y pronto, noche y día... Quiero besarte.

Y Sara respondió:

Y yo quiero hacerme pequeñita y meterme en tu bolsillo y mirar el mundo desde ese balcón lleno de confeti...

Y Enzo respondió:

¿Y por qué no lo haces?

Y Sara respondió:

Enzo...

Tú sabes que una fabada lleva sus buenas cinco horas de fogón, frente a los tres minutos de un filete a la plancha...

Lo que a mí me pasa es que normalmente soy una apasionada y una acelerada (soy de las que me tiro a la piscina sin ver si hay agua primero). Y he aprendido, a base de coscorriones, que las mejores relaciones son las que se cocinan despacio, porque meterle mucha caña al fuego acelera el proceso, pero también la combustión. O sea, la traca de fuegos artificiales. Ra ta ta ta ta... pum pum pum pum... pof.

Bueno, ya te comenté en otro email que la teoría me la sé muy bien, pero ponerla en práctica es otra canción. En eso no soy ducha. O sea, no tengo experiencia en no romperme la crisma.

Probar a experimentar algo distinto... Esa, creo, es la cuestión.

Me ocurre como a ti, esa sensación de felicidad tonta y luminosa al despertar por la mañana, la desconcentración en el trabajo, esa sensación de darte todo igual, excepto lo que se cuece en el email, y la imaginación desbordada, en complicidad única con el otro. Me alegras el día, Enzo. Sobre todo me alegras. Qué bonito...

Y me alelas...

Contigo se impone dilatar el momento. Cuidarlo todo, regarlo, construirlo con dedicación y morosidad.

Por fa, por fa, andaaaa, vamos a jugar juntos... A cambio, prometo mimarte. Es un gusto hacerlo... porque eres adorablemente mimable...

Quiere esto decir, por si no se nota, que muero por verte.

Por la mañana, al día siguiente, Enzo continuó escribiendo.

Sigo en calzoncillos... Ayer estuve toda la tarde en casa, pensé mucho en ti, en qué harías, si recibiría un email tuyo, si te conectarías. Por una parte, estaba turbado, inquieto, esperaba una señal, un

mensaje, una llamada, aunque sabía que las posibilidades eran mínimas y, sin embargo, esa sensación me producía bienestar, alegría, felicidad real, entre nosotros siempre tendremos que distinguir los tipos de felicidad. Esta tarde jugaré al tenis, iré al ensayo general de *Madame Butterfly*, cenaré con un amigo en uno de mis restaurantes favoritos, un restaurante de verdad, sin trampa ni cartón, siempre me ha gustado esa expresión...

No me abandones esta tarde, ni esta noche, no abandones, ya, nunca... Quédate conmigo.

Soy tuyo,

Enzo

Y Sara respondió:

Son los calzoncillos más bonitos que he visto nunca... Mientras me los enseñes así me tendrás atadita...

Y Enzo respondió:

¿Podré oír hoy tu voz? 609006057. Lo deseo.

Y Sara respondió:

Hoy tienes una agenda muy apretada... y a mí me va a ser complicado...

Sara dilataba a propósito el momento de llamar a Enzo. Quería que aquel juego de mensajes nunca terminara. Así que no lo llamó.

A la mañana siguiente abrió el correo, como de costumbre, y había un mensaje de Enzo:

Querida Sara:

Anoche, después de cenar, volví a casa, no hubo terrazas, su-

pongo que sí había luna y estrellas, pero como no estaba contigo no las miré. Por cierto, tampoco tengo resaca, sigo con mi sonrisa de enamorado.

Te extraño,

Enzo

Y Sara respondió:

¿Qué tal ayer *Madame Butterfly*?

Y Enzo respondió:

Gran soprano, Cristina Gallardo Domas, Plácido dirigió con entusiasmo. Puccini es demasiado blando, presenta situaciones pero no profundiza en ellas, es un buen compositor para empezar en el mundo de la ópera, después necesitas más intensidad, fuerza, emoción..., a Wagner... Yo te necesito a ti, anhelo abrazarte, besar tu cuello, hacerte el amor.

Te deseo con todas mis fuerzas.

Soy tuyo,

Enzo

Ver el nombre de Wagner en aquel mensaje perturbó a Sara. Le atraía, como a Enzo, la intensidad, pero había algo en el compositor alemán que la hacía recelar. Tan escabrosas contradicciones habitaban en él que acababan por poner en entredicho sus alardes de experimentación al límite. Wagner era capaz de vender varios productos a la vez. Por un lado, hacía del sentimiento el objetivo extremo al que el corazón humano, por efecto de la pasión, debía atreverse a escalar, y por otro, destilaba una advertencia casi puritana, conservadora, contra los peligros de dejarse llevar por el sentimiento. Era feminista o misógino según la ventolera del instante. Podía reconocerle a la

mujer una fuerza y coraje inauditos y una paciencia de hierro capaz de salvar al hombre de su ceguera o perdición, o podía, en el polo opuesto, achacarle a la fémica una naturaleza voluble, sensual, indiscreta, fisgona y traicionera, abocando al varón al deshonor, a la decepción o a la muerte. No había más que echar un vistazo a la larga lista de parejas desgraciadas que aquel torturado esquizofrénico había inmortalizado para darse cuenta de que debía de tener un trauma infantil jamás resuelto. Sara había llegado hasta a leerse la biografía del músico para hurgar en aquel misterio y, en efecto, algo siniestro parecía latir en aquella obsesión por la tragedia. Nada más nacer Wagner, su padre había muerto de tifus, y enseguida su madre se casó con un amigo del difunto. Para colmo de males, Wagner sospechó toda la vida que era hijo biológico del nuevo marido de su madre, lo cual conllevaba, obviamente, considerar a su madre una adúltera infiel capaz de irse a la cama con otro mientras en el lecho matrimonial agonizaba su cónyuge moribundo. Con esa infancia a cuestas, no era de extrañar que Wagner impregnara sus obras de desconfianza en el amor, a pesar de que su esencia, apasionada y desmesurada, lo llevara paradójicamente a la obsesión por el idilio perfecto, al neurótico anhelo de lo imposible.

Sara opinaba que una de las peores campañas publicitarias del alemán era la historia de *Lohengrin*. Al igual que ocurría en el anuncio de aquel coche, en el que se desconfiaba de la amistad o del amor frente a la fiel solvencia de un automóvil, Wagner arrasaba con la confianza y presentaba al hombre como una penosa víctima de la inconsecuencia femenina, obligado a optar finalmente por su dedicación a un objeto, en este caso el Santo Grial. Mientras que, para Sara, no había más Santo Grial que el amor mismo, entregado a una persona de carne y hueso a la que se

ama a pesar de sus inconsecuencias. En *Lohengrin*, la protagonista, Elsa, era castigada de una forma tan cruel como arbitraria. Su único pecado había sido querer saber. El marido la había puesto a prueba, hurtándole los datos de su origen familiar, y había accedido a casarse con ella siempre y cuando jamás le preguntara quién era él. Elsa contraviene la orden y acaba por requerirle la información prohibida. En ese momento Lohengrin, que se siente traicionado, la abandona inmisericordemente, a pesar de que la ama más que a sí mismo, y ella, obviamente, acaba muriendo de amor, desangrada por la pérdida. Todos quieren ver en su gesto un mero acto de cotilla que la desmerece, mientras que Elsa se comporta en realidad como una mujer osada que se atreve a desobedecer las órdenes del marido, se arriesga a la ruina personal a cambio de atreverse a preguntar, a cambio de salir de la ignorancia en que se obliga a vivir a las mujeres. Elsa se insubordina ante la imposición; callar no es para ella una genuina prueba de amor, sino la condena al silencio y a la ignorancia. Y pierde a su amado, en realidad, por desobediencia, no por desconfianza.

Sin duda, Wagner se había profesionalizado como asesino en serie de primadonas, un psicópata de la ópera. Y ya fueran leales, ya fueran indignas de amar, todas acababan con sus huesos en el suelo del proscenio, muriendo de amor. Todas excepto Senta, la protagonista de *El Holandés Errante*. Esa, a diferencia de las otras, en lugar de caer, moría hacia arriba, levitando en dirección al cielo.

A Sara le gustaba la historia del capitán maldito. Senta es una heroína que logra lo imposible. El Holandés, el pobre, está emocionalmente echado a perder. Es un hombre que ha sufrido de tal forma que su corazón ha quedado convertido en un harapo de carne putrefacta. En su eterno vagar, busca insistentemente, como posible conjura de su maldición, a una mujer de la que poder enamorarse;

pero él está incapacitado para amar, pues hay sufrimientos que destruyen para siempre nuestra fe e impiden nuestra posible regeneración. El Holandés está condenado a una tortura sin remedio: el anhelo de un amor que sabe que no le está destinado porque él mismo lleva en sí el germen de la incapacidad. Su propia amputación sentimental lo inhabilita para el amor. Y, sin embargo, Wagner, apiadado de ese trágico sufridor, le concede el milagro: que Senta, por cariño desinteresado, por un infinito amor a fondo perdido, reanime su corazón inservible y lo desencadene de sus infernales ataduras. Aun así, ambos amantes no disfrutarán de su amor en la vida real. Morirán y ascenderán al cielo, como símbolo de la pureza alcanzada.

A la vista de sus gustos musicales, ¿sería Enzo el clásico exigente desconfiado dispuesto a dejar un buen día en la cuneta a su pobre amada por cualquier motivación pueril o secundaria, por cualquier sospecha sin fundamento, obligándola a la inmolación final, o un hombre dispuesto a amar por encima de toda convención, sin más límite que su propio sentimiento?

Sara, inquieta, siguió por ese camino:

¿Cuál es tu ópera favorita?

Enzo contestó:

Tristán e Isolde... ¿Podré hoy oír tu voz?

Tristán e Isolde, decía Enzo. Vaya. Curiosa elección, tal vez el culmen del márquetin de la pasión, la más grandiosa puesta en escena de la mortificada contradicción existencial de Wagner. Por lo menos no era *Lohengrin*, y en eso había que alabar los gustos de Enzo. Aunque, por otra parte, había que echarse a temblar.

A Sara le atraía aquella leyenda, porque era un monumento a la voluptuosidad del amor realizado, pero no podía soportar la idea de que el amor fuera un sentimiento descontrolado, que vuelve a los humanos títeres sin decisión propia. En ese sentido le parecían más racionales cualquiera de las otras óperas de Wagner. Pero la historia de Tristán e Isolde era oscura y terrible, y quizá por eso mismo, más dolorosa.

Ambos protagonistas se enamoraban a causa de un bebedizo que ingerían por error. No se escogían voluntariamente, sino arrastrados por la influencia de una pócima. El amor no era el resultado, entonces, de una afinidad natural que llevara a dos personas a unirse por voluntad propia, sino que se presentaba como un desacierto, como una equivocación de dos seres humanos cogidos a traición por el azar, incapaces de sustraerse al fatídico influjo de la mala gestión del destino. Wagner siembra la duda desde el principio, insinúa subrepticamente que quizá Tristán e Isolde no deberían amarse. Y, sin embargo, no hay dos seres que se amen en mayor medida. El amor, en este caso, es un impuesto yugo del que los amantes no pueden liberarse. La lección de Wagner es clara: si se diera la opción, si eso fuera posible, si existiera un antídoto contra el veneno de la pasión, sería preferible no amar.

A Sara le impresionaba especialmente la escena en la que los amantes toman el bebedizo. Era de una obscenidad tan lujuriosa como embriagante. Una vez han bebido de la copa, ya no atienden a razones, se comen con los ojos delante de todos. El amor, ahí, se presenta como asocial, como amoral, por encima de toda ley de la civilización, como máximo precepto humano, única ley a la que merece la pena obedecer. Pero Wagner, erigido inicialmente en revolucionario supremo, se pasa luego al enemigo y acalla la insurrección, debilitado a última hora, pusilánime, trai-

dor. Sara lo odiaba por matar a los amantes a cambio de un final tan trágico como reaccionario. Ese final le parecía insípido, frente a la impactante victoria de la revolución que habría sido dejarlos vivos. Y aquella clase de romanticismo se le representaba como un frustrador agente de la intensidad, falsario y tóxico, vendedor de resignaciones disfrazadas de sublimidad.

Para el caso, Sartre, con toda su fama de cenizo pragmático y realista, le parecía a Sara mucho más honesto y animoso, mucho más comprometido con una verdadera revolución del sentimiento. Porque Sartre, con la libertad de amar al alcance de la mano, no se la habría dejado arrebatar en nombre de ninguna endiosada fatalidad.

Por fin Sara se decidió a llamarlo por teléfono. Tenía más fuerza la insistencia de Enzo que sus gustos operísticos, que podían ser sencillamente una pose. Nada había en el comportamiento de Enzo, hasta el momento, que pudiera inducirla a pensar que era un alma atormentada en busca de un amor imposible. Todo lo contrario, Enzo se le representaba como alguien lo bastante intenso y lúdico como para buscar la realización feliz de cualquier unión. Incluso tal vez hedonista en demasía...

Así que marcó de una vez por todas aquel número de móvil que tantas veces le había escrito Enzo en sus mensajes.

Una voz masculina contestó a la llamada con un tono impaciente, algo grosero. No parecía que Sara lo hubiera cogido en un buen momento. Tentada estuvo de colgarle sin decir nada, pero finalmente se decidió a hablar. Preguntó por el doctor Jekyll. Se hizo un segundo de silencio al otro lado del móvil e, inmediatamente, se produjo un cambio radical en el tono de voz. Se convirtió en una me-

lucía vibrante, juvenil, seductora y animada. No paraba de hablar, de preguntarle cosas, de atropellarse.

Enzo la instó a quedar, pero Sara no podía aquella tarde. Le parecía demasiado precipitado y le puso una excusa. Entonces negociaron una cita para más adelante. Él se iba de viaje al día siguiente, una excursión gastronómica a la Provenza, y no volvía hasta después del fin de semana. Ella no podía quedar el lunes próximo, así que quedaron en firme para cenar el martes.

Sara colgó el teléfono con una sensación eufórica, de benéfica excitación, tan ligera y tan vibrante, tan llena de alegría porque sí. Enzo le había causado sensación. Era divertido, y lo que más le gustaba a ella, parecía disfrutar de la vida como si el mundo se fuera a acabar en unas horas, exprimiéndole el jugo a cada segundo. Era ingenioso, sabía un poco de todo, y Sara se lo representaba como en la foto: brillándole los ojos de soñador, como un explorador en busca de un templo perdido o un alpinista en pos de coronar una cumbre detrás de otra. Pensó que con Enzo la existencia jamás se vería aquejada de depresión o tristeza. Y no había exigencias. Enzo hacía todo muy fácil. Decía cosas hermosas. Allanaba el terreno con amabilidad y comprensión.

Enzo, ya en posesión del número de móvil de Sara, la llamó aquella misma noche. A pesar de que habían planificado su primera cita para el martes siguiente, él estaba empeñado en boicotarla, tratando de anticiparla por cualquier medio. Parecía disfrutar provocando a Sara, y su voz era la de un niño deseoso de cumplir con el capricho del momento. Estaba claro que tenía tantas ganas de verla que no podía esperar, su curiosidad lo perdía. Y Sara, que veía aquellos intentos de Enzo como un modo de doblegar

su voluntad, se mostraba cada vez más decidida a aguantar estoicamente hasta el día pactado. Intuía que si no le demostraba a Enzo cierta autonomía y presencia de ánimo, su relación, si es que tenían alguna oportunidad, nunca prosperaría. Así que lo despachó mimosamente, pero sin contemplaciones.

Empezaba a conocer a Enzo. Le gustaba mandar, coronar la cima, conseguir el mejor bocado, seducir y acabar por envolver en la tela de araña de su torbellino al que se le pusiera por delante e inspirara su curiosidad.

Y eso a Sara le encantaba. No había ocupación que la divirtiera y excitara más que jugar a seducir y parar, y provocar y frenar, con un contrincante de altura. Y Enzo era, sin la menor duda, un adversario de lujo.

Enzo la requería insistentemente, enviándole sms. Se quejaba graciosamente: «Me tienes abandonado». Y a la vez se mostraba entusiasmado, la colmaba de halagos, e incluso se atrevió a declararle que se había enamorado de ella. Sara, cuando oía aquellas frases cautivadoras, se quedaba paralizada. No sabía qué decirle. Solo alcanzaba a musitar que todo aquello iba muy deprisa, que casi no se conocían, pero en su interior gozaba como una niña, iluminada por una esperanza cegadora. Se llevaban tan bien, estaban tan compenetrados, les gustaba jugar del mismo modo, tensar y soltar la cuerda, bromear, poner las cosas al límite, frenar y volver a empezar...

Estaba muy centrada en sus compromisos de trabajo, pero los mensajes de Enzo, imaginativos y apasionados, la sacaban de su concentración. Ella le respondía con evasivas, normalmente bromistas, quitándole importancia. Y él no se daba por enterado. Seguía tercamente insistiendo, tan inflado de seguridad como deseoso de alcanzar su meta. Cuanto más le enfriaba Sara, más se calentaba él. Y a ella le divertía aquel juego. Nunca se lo había pasado

tan bien. Enzo aguantaba el tirón con perfecta caballerosidad. Y no se rendía.

Entre las cosas que Enzo le decía, Sara se iba quedando con las frases más hermosas, las que conectaban con su pasión, con su modo de entender el amor, y se le iban colando dentro como arponazos que Enzo acertaba a clavarle en la diana de sus sueños más ansiados:

Eres perfecta para mí. Te gusta jugar, y sabes aguantarme el tirón. Contigo voy a aprender infinidad de cosas. Yo necesito a alguien así. Quiero compartirlo todo contigo. A partir de ahora tu vida será mágica. Déjame intentarlo. Déjame hacerte feliz. No me abandones nunca. Me encantas. No hago más que pensar en ti. Nada es como antes. Ya solo quiero estar contigo...

No había día que no se escribieran por sms o por email. Era excitante abrir el correo, por la mañana temprano, y saber que había un mensaje de Enzo esperándola. Desde que Sara había establecido contacto con él el resto de los hombres habían dejado de contar. Todos sus planes habían quedado pospuestos, empresas banales, olvidadas en algún rincón de su agenda de actividades. Enzo bailaba en su imaginación, tan preciosamente que ya no podía quitárselo de la cabeza.

Eres un huracán. Toda la fuerza de la naturaleza subida al carro desbocado del deseo, dispuesta a arrasar...

Contéstame: ¿cómo trataría un huracán a una mariposa?

Y Enzo respondió:

La envolvería con su fuerza, la protegería y le daría muchos besitos.

Y Sara respondió:

¿Sabes lo que me ha pasado?... Esta respuesta tuya me ha... me ha... uff... me ha provocado un latigazo de sensualidad...

Y Enzo respondió:

¿Y qué puedo hacer?

Y Sara respondió:

Nada... No puedes ayudarme, pues eres tú el culpable de mi situación...

Y Enzo respondió:

Me has vuelto loco... A fuego lento.

Durante el fin de semana no se cortó del todo la comunicación. Enzo le envió un sms desde la Provenza, tal vez para demostrarle que ningún entretenimiento era más poderoso que su fascinación por ella.

Sigue el encantamiento... Muchos besos amorosos.

El lunes Sara tenía un correo electrónico, enviado a primera hora de la mañana:

Hola, amore:

La mañana debía transcurrir por caminos ya conocidos, planificados de antemano, pero el azar ha posibilitado un pequeño y divertido caos. Quiero estar contigo, besarte hasta desgastarte, tocarte hasta aburrirte, soñarte hasta hacerte realidad...

Besos,

Enzo

A lo que Sara respondió:

Cariño, acabo de leer tu correo. Odio decir esto, pero no puedo más. Parece que no quiero quedar contigo, pero es que me propones planes a salto de mata, y yo también tengo mis compromisos, lo mismo que tú tienes los tuyos y yo no intento torcerlos. Me estresa tener que decirte que no. No es mi estilo boicotear el entusiasmo, de verdad. Si esto es ponerme a prueba, veo que no la paso. Yo también quiero estar contigo. Pero hoy voy a comer con mi hermana. Es su cumpleaños.

Y Enzo respondió:

No te preocupes, lo entiendo perfectamente. El deseo de verte me hace ser imprudente, me encanta. ¿Adónde vais?
Besitos y más,

Enzo

Y Sara respondió:

Cuando te tomas el cuidado de tranquilizarme eres balsámico. Lo que me encanta de ti es que la misma capacidad de arrollar cual huracán enloquecido la tienes para reconstruir el terreno asolado...

Ese es el poder de tu magia, y amplifica mis ganas de estar contigo.

Iremos a comer a Sacha.

Cambiando de tema... El martes, o sea, mañana por la noche, si quieres cenar conmigo, me tienes a tu disposición. Sin cambio de planes. Soy un roble en mis convicciones y nada ni nadie podrá hacerme cambiar de parecer. Alguna ventaja tiene ser así, ¿no crees, divino impaciente?

Y Enzo respondió:

Me conformo con verte tres minutos, ya te veo a través de tus mensajes, pero no es lo mismo... Podría ir a recogerte, mirarte e irme, así podrías comer tranquila con tu familia. Ya sé que dirás que no.

La verdad es que me encanta provocarte, pero toda provocación parte del deseo de algo, en este caso es el deseo de ti, de ser tuyo...

Te beso.

Y Sara respondió:

Enzo, si tú no te calmas, yo no me calmo.

Y Enzo respondió:

Amor, estoy tranquilo, de verdad. Es que soy así...

Y Sara ya no contestó. Le hacía gracia el desbocado apasionamiento de Enzo. La tenía subyugada. Adoraba su intensidad, aquel fuego que parecía arder cada vez más arrebatado, y le gustaba domarlo, provocándolo o frenándolo, calculando los tiempos de respuesta, demorando la contestación. Al mediodía, justo antes de salir para el restaurante, le escribió:

No sé si volverás al trabajo esta tarde, pero, por si acaso, quiero que te encuentres con un beso... Un beso tembloroso, de puro nerviosismo; un beso alegre, de pura excitación. Un beso con ganas de ti. Un beso que se arriesga a no encontrarte...

Mientras comía en Sacha con su hermana, su cuñado y sus sobrinos, a Sara le entró un mensaje en el móvil.

Amor, estoy llegando.

Paralizada, se quedó mirando a la pantalla. No le había dado tiempo a procesar la información cuando ya le estaba entrando otro mensaje.

En cinco minutos estoy ahí. Entraré, te daré un beso y me iré. Confío en que no me echarás de tu lado.

Los demás, al verla con cara de espanto, le preguntaron qué ocurría, y ella, sin saber qué hacer, les contó lo que pasaba, teniendo en cuenta que igual se veían obligados a conocer a Enzo inopinadamente. De inmediato se abrió una discusión entre todos sobre qué actitud tomar si Enzo se presentaba en el restaurante. Su hermana dijo que no pasaba nada, que lo invitaban a comer y punto. Sara, por su parte, lo consideraba una invasión de su intimidad. Se decidió a llamarlo para aclarar las cosas y abortar su incursión en el restaurante. Pero su cuñado la instó a no hacerlo. Afirmó, con seguridad aplastante, que aquello era un farol, que Enzo no estaba cerca, que solo le estaba vacilando. Sara, nerviosa, dudaba, seguía decidida a llamarlo. Y entonces su cuñado la frenó y le sugirió el siguiente sms:

Espera, amor, no entres todavía, que mi cuñado no se ha puesto aún los dientes de oro.

Como una autómatas, Sara escribió y envió aquel texto surrealista. Al cabo de un instante, recibía otro mensaje de Enzo:

Eres mala, malísima...

Tras compartir con su familia el contenido del mensaje, todos rieron. En efecto, era un farol y lo habían puesto al descubierto. Le habían ganado la partida a Enzo.

Había llegado finalmente el día esperado. Durante dos semanas Enzo y Sara se habían carteados por email, chateado, hablado por teléfono, enviado sms. Esa noche iban a cenar juntos; por fin se iban a conocer en persona. Sara

había resistido todas las tentaciones de Enzo con estoicismo intachable. Él no había escondido en ningún momento sus intenciones, su desaforada impaciencia por ver y tocar a Sara, y había insistido, una y otra vez, tentándola de mil maneras, para que se vieran antes del día pactado. Y, sin embargo, Sara no se había apeado de su decisión. Le parecía que debía sostener firme el cable que la unía a Enzo, manteniéndolo a raya para evitar que se aflojara y la hiciera caer al vacío. Enzo podía ser uno de esos idiotas que cuando consiguen lo que quieren pierden el interés, y por eso convenía asegurar cada movimiento, pues a Sara le gustaba tanto aquel coqueteo, aquel intercambio de mensajes, la euforia, el encantamiento, la alegría incontenible de Enzo, el desbordamiento pasional de aquel hombre, la romántica prosa de sus mensajes, que no podía ni pensar en renunciar a él, y menos por un error de cálculo.

Y, sin embargo, aquella tarde él le hizo una proposición sobre la marcha. Le sugirió que quedaran un poco antes de la hora de la cena, e invitó a Sara a que lo fuera a buscar a su casa, y así se la enseñaba. Enzo parecía seguir empeñado en salirse del guión previsto. Sara, cogida por sorpresa, no vio inconveniente alguno. Tenía tantas ganas de encontrarse con él como él le demostraba a ella. Le dijo que sí, él le dio su dirección y a las ocho de la tarde Sara se presentó en el piso de Enzo. Nada más abrirse la puerta, ella entró y se vio abrazada y besada, de pronto, por un Enzo abrasado y ansioso.

A Sara le quedaba la duda de que fueran compatibles físicamente, pero al sentir el abrazo y los besos de Enzo, comprobó feliz que podía descartar aquel temor para siempre. Así que no supo resistirse, ni tampoco quiso. Enzo la excitaba sexualmente; la espera, tan cargada de deseo, había hecho su efecto, y la entrega resultaba tan ape-

tecible como necesaria. Se metió en la cama de Enzo e hicieron el amor. Fue algo rápido, fugaz, con sabor a prelude, a ensayo general, el boceto de un encuentro erótico. Fue un polvo rápido, dulce y breve, delicado aunque carente de detalles. Con escasas dosis de romanticismo, pero con una carga latente de confortabilidad. Al terminar, la hora de la cena se les echaba encima, así que Sara le recordó sus planes. Enzo estaba remolón, parecía no apetecerle ya gran cosa salir de casa para ir a cenar. Pero ella insistió, y Enzo se metió en la ducha. Mientras él se enjabonaba, ella hizo pis, se vistió, se retocó el lápiz de labios. Y todos aquellos movimientos prácticos componían una coreografía de intimidad inusual entre dos personas que acababan de conocerse. Sara se sentía tan perfectamente cómoda con Enzo que parecían un matrimonio con años de convivencia a sus espaldas. Le resultó casi más gratificante que el reciente encuentro sexual. Quizá porque Sara temía a la intimidad, y solía huir de aquel tipo de contextos por miedo a destruir la magia de la pasión. El hecho de que reinara la armonía más allá de las sábanas le pareció un triunfo, una señal positiva de que Enzo y ella eran dos seres afines y compatibles por encima del deseo sexual.

Por fin bajaron al portal, cogieron un taxi y se fueron al restaurante. Un local encantador, a media luz, con pocas mesas y un servicio exquisito. Se notaba que Enzo se había esmerado especialmente a la hora de elegir el escenario de su primer encuentro. Pidió champán para acompañar la cena, su marca preferida, exclusivo y difícil de encontrar. Enzo estaba serio, no parecía el mismo. Y Sara, que percibió el distanciamiento, se dedicó a beber. El champán le hizo efecto rápidamente y, bajo la sombra del alcohol, se dejó llevar por la corriente. Como Enzo callaba, rígido e inexpresivo, ella se sintió rechazada, de modo que

reaccionó aumentando la distancia. La conversación tomó un derrotero inesperado. Enzo solo habría la boca para hacerle preguntas, y todas las preguntas se encaminaban hacia el mismo asunto. Parecían interesarle especialmente las costumbres sexuales de Sara, su vida erótica, sus historias con otros hombres. El influjo del champán, y el rostro ausente de él, incitaron a Sara a juzgarlo como un tipo vulgar, alguien que se había mostrado encantador con la única intención de llevarla a la cama. En su estado de embriaguez, Sara era incapaz de sopesar lo que Enzo significaba para ella; solo veía, en primer y único plano, a un señor estirado que parecía haber consumido todas las sonrisas del día y que, como un palo clavado en la silla, se había convertido en alguien totalmente opuesto a lo que aparentaba, una especie de tenebroso inquisidor, o un morboso fisgón de las vidas ajenas; así que no le importó cuidar su imagen. Es más, quiso hacerle ver que no le hacía mella alguna aquella mirada de censor. Quiso presumir ante Enzo de que nadie podía domarla.

El interrogatorio no tuvo precio: a la pregunta de cuándo había practicado sexo por última vez, Sara no tuvo inconveniente en declarar que hacía tan solo dos semanas, y encima, con un tipo al que acababa de conocer y al que nunca había vuelto a ver —se refería a Mario, claro—, mientras que Enzo, virtuoso, no mantenía relaciones sexuales desde hacía cinco meses. A la pregunta de si le gustaba el sexo anal, Sara salió diciendo que bueno, que en fin, que dependía de si te lo hacían bien, que ella lo había probado por primera vez con un cubano —en un viaje de turismo sexual al Caribe— y que había resultado todo un éxito; a la pregunta de si había probado a hacerlo con alguien de su mismo sexo, Sara le dijo que sí, claro, que había tenido, tiempo atrás, una historia de amor con una mujer; a la pregunta de si nunca había pensado en sentar la

cabeza, ella respondió que qué horror, sentar la cabeza, qué aburrimiento, no no, nonono... Para acabar de redondear la faena, y como estaba de los nervios, Sara sacó un pitillo a mitad de la cena, lo cual provocó un grito de desagrado en Enzo, que era enemigo declarado del tabaco.

Enzo le gustaba especialmente, pero en ningún sitio estaba escrito que fuera el hombre de su vida. Si resultaba un patán, lo mejor era acabar con aquella relación cuanto antes. A cada inquisitiva pregunta de Enzo, ella respondía con ironías, mostrándose como una mujer indómita, frívola y descarada, incapaz de echar raíces con ningún hombre. Le horrorizaba que sospechara que podía haberse encariñado con él. Había que quemar la noche, zanjar cualquier esperanza. Enzo no merecía la pena. Era un imbécil. Nada más.

Al salir del restaurante Sara se despidió de él, dándole las gracias cortésmente por la invitación. Era la una de la madrugada. «Voy a coger un taxi», le dijo, dándole un tibiobeso en la mejilla como final inapelable, correcto trámite de adiós definitivo. Y entonces fue cuando él le propuso que le acompañara a su casa. Sara se quedó perpleja. Había supuesto que Enzo se marcharía solo, huyendo rápidamente tras haber cumplido con la cena. Lo miró extrañada, sin decir palabra, y él, que pareció interpretar su gesto, añadió: «No hay nada más hermoso que dormir abrazado a una mujer». Sara dudó, cogida por sorpresa ante aquella declaración, y sobre la marcha decidió que se iba con él. También ella pensaba que no había nada más hermoso que dormir abrazada a un hombre. Estaba bebiendo, y agotada mentalmente. Se dejó ir. Cogida del brazo de Enzo, caminó con él por la calle desierta. Enzo paró un taxi, se subieron. Durante el trayecto ella apoyó la cabeza en el hombro de él. Todo el desamparo que había sentido durante la cena, la extraña frialdad de Enzo, se desvaneció. Se sentía tan cómoda junto a él, de pronto, que la cabeza

dejó de pesarle, como si se le hubiera vaciado mágicamente. Enzo era recio, sólido. La almohada perfecta para reposar el atormentado proceso de Sara.

Durante aquel trayecto Sara calmó su vida entera, su pasado alocado, todos sus anhelos jamás satisfechos. Relajó su ser y dejó que el hombro de Enzo la subsumiera. Se fundió con él como jamás se había fundido con nadie, ni siquiera en la cama. Aquel paseo en taxi fue el paseo de su existencia. Definió lo que ella ansiaba, le dio nombre, le dio sabor y color, le dio presencia. Sara supo, entonces, que la felicidad era ese reposo, a resguardo del frío del mundo, en el hombro recio y sólido de otro ser humano.

Subieron al piso de Enzo y volvieron a hacer el amor. Luego se durmieron, rendidos. A las siete, Sara se despertó. Tenía una reunión con unos clientes muy temprano. Enzo dormía. Se vistió en el baño. Luego se acercó a la cama y lo besó. Enzo, entre sueños, le dijo: «Hablamos». Sara asintió, aunque no pudo evitar pensar que jamás lo harían. Bajó al portal. Salió a la luz de la mañana. Su vestido elegante escotado, el fular, el collar de perlas, los zapatos de tacón casaban mal con la hora y la circunstancia. Era un día de diario. La gente iba al trabajo. Sara se sintió fuera de lugar. Impregnada todavía del olor de Enzo mezclado con el suyo propio, anduvo unos pasos por la acera, hasta que apareció un taxi. Lo paró, se subió y se alejó de allí.

Incapaz de concentrarse en la reunión, Sara no hacía más que pensar en la noche pasada con Enzo. Cuando regresó a casa, lo primero que hizo, con precipitación, fue abrir el correo electrónico. Eran las dos de la tarde y no ha-

bía rastro de él. Aunque supuso una decepción, no le extrañó aquel silencio. Cómo cambian las cosas después de la primera cita no era un misterio para ella, si bien durante toda la mañana había alimentado la esperanza de que todo volviera a ser como antes, de que Enzo volviera a ser el Enzo primigenio. Pero ni rastro del entusiasmo, de la febril expectación, de la intensidad y del coqueteo. Ni rastro del Enzo enamorado y apasionado.

Para Sara quedaba meridianamente claro que Enzo había perdido todo el interés. Y aunque ella misma había actuado en consonancia con esa realidad, contribuyendo a la escisión, no pudo evitar sublevarse. La rabia de pasar de ser el objetivo del deseo, el ansiado trofeo, al objeto usado y despreciado, olvidado en un rincón o tirado a la basura, rasgó su corazón ilusionado. Y aquel sentimiento aplastó la tristeza que perder a Enzo le causaba.

Le escribió entonces un mensaje, que tituló «Para no perder las formas».

Querido:

No sé, quizás yo esté hecha de una pasta que ya no se lleva, pero el día siguiente de la primera noche con alguien entiendo que merece unas palabras. Desde luego, siempre y cuando queramos que ese alguien siga estando presente en nuestras vidas.

Es obvio que tales palabras no siempre se escriben o se dicen. Y la razón es más obvia todavía...

Para que no quede la menor duda:

Fue un placer cenar contigo ayer. Agradezco tu dedicación a la hora de elegir sitio, casualmente un lugar que me apetecía conocer desde que oí hablar de él. Agradezco tu caballerosidad sin afectación. E incluso me hiciste otros honores... invisibles. El más emocionante: ese delicado toque de romanticismo en el aire, que tú pusiste sin que se notara, y por esa misma razón más delicado todavía.

Lo que más me tocó el corazón: tu mirada melancólicamente desfondada, en ciertos momentos.

Me encantó el sitio, la decoración, la iluminación, la comida. Y el champán. Y por encima de todo, tu compañía.

Me gustó hacer el amor contigo. Y besar tu nuca. Y besar tus besos...

Me sorprendieron los derroteros de la conversación. Imprevistos. Y me llevé algo tuyo, algo que me devolvió tu mirada y que yo no sabía de mí.

Y quizás, lo que más me gustó, por encima de todo, es que no saliendo nunca en la realidad las cosas como uno las ha planificado en su «cuadrículada» cabeza, salieron menos ortopédicas, y más auténticas...

Un placer, Enzo.

Sara

Entonces Enzo respondió, enseguida:

El día es muy largo, el día siguiente...

Sara se alegró, pues entendía que él le anunciaba la continuidad de la comunicación. Enzo no se había ido, después de todo. Enzo parecía volver a ser el mismo. Y, tranquilizada, feliz, volvió al trabajo, dejando que todos los malos presagios se disolvieran.

Pero al llegar la noche sin noticias de Enzo, Sara empezó a pensar de forma diferente. Y se acostó adivinando que aquel era el final.

Las primeras horas de la mañana siguiente le sirvieron a Sara para ir encajando la verdad anticipada. Y aun así, no quería admitirlo. De modo que, empecinada en comprobar lo grosero que podía llegar a ser Enzo, le envió un sms a la una del mediodía:

¿Comemos juntos?

Y Enzo respondió enseguida:

No puedo. Estoy muy liado.

De nuevo la rabia procedía a hacer su devastador efecto. Se había acabado todo, pero ella no iba a dejar que Enzo dijera la última palabra. Así que tomó una determinación.

Al cabo de un rato, sobre la marcha, le envió a Enzo el siguiente mensaje:

Voy hacia ahí.

Enzo respondió:

¿Adónde?

Pasados cinco minutos, ella le contestó:

Estoy llegando.

Entonces sonó el móvil de Sara. Era Enzo, y se le oía acelerado:

—¿Qué haces?

—Voy en un taxi. A tu oficina.

—¿Qué? Te he dicho que estoy muy liado.

—No te preocupes. Solo subiré un momento, te doy un beso y me voy.

—No puede ser. Tenemos balance de la empresa y hay que terminarlo hoy mismo.

—Solo necesito tres minutos, nada más. Quiero verte un instante.

Y como Enzo se mostraba cada vez más alterado, Sara puso fin a la mascarada.

—Que estoy en casa, tonto.

Enzo por fin cayó en la cuenta de la broma.

—Ya. Pero has conseguido que te llame.

Sara se quedó perpleja. Estaba convencida de que Enzo se iba a percatar de la inocentada, pues era idéntica a la que él le había jugado hacía unos días.

—Pues sí. Te lo has tragado y he ganado la partida. Así que vamos dos a cero, porque cuando tú me hiciste lo mismo yo no caí en la trampa, y ahora tú sí.

Y reía, divertida, porque le había colado a Enzo un gol que no esperaba. Pero Enzo estaba francamente irritado. Ni rastro del sentido del humor del que tanto presumía.

—Vale. Tú ganas. Ahora tengo que colgar.

—Bueno.

—Ya hablaremos. Adiós.

Sara oyó a Enzo colgar el teléfono, y, desconcertada, ya no sabía dónde colocar a aquel personaje. Podía estar, en efecto, presionado por el trabajo, pero no permitirse una miserable carcajada ante su inocente broma era casi imposible. De nuevo la rigidez de Enzo volvía a hacerse presente. Menudo carácter insoportable. Menudo rígido. Menudo idiota.

Sara ya no tenía más explicaciones que justificaran la personalidad de Enzo. Y aunque le dolía tener que cerrar aquella puerta que se había abierto con tanto encantamiento por ambas partes, con tanta aparente afinidad, se vio forzada a zanjar la relación con Enzo, por desconcierto e incapacidad para entenderla o manejarla. Tantos desencuentros seguidos desde que se habían visto en persona habían acabado por derribar el hechizo y cualquier opción de salvamento.

No le quedaba otro remedio que rendirse, asumir el absurdo, vaciarse de Enzo, subsanar el vértigo y volver a iniciar la búsqueda desde cero.

Al cabo de tres días, Sara recibió un sms.

Amor, ya formas parte de mi vida. Soy como el personaje de cualquier novela. Unas veces soy protagonista de la historia y otras estoy fuera de escena. Pero no te preocupes. Ni el autor me ha matado ni yo me he muerto. Muchos besos de amor.

Precioso mensaje, sin duda, aunque difícil de descifrar. Ambiguo texto que dejó a Sara quebrándose la cabeza tratando de entenderlo. Enzo venía a decirle que aparecería y desaparecería a su antojo. O, dicho de otro modo, que no esperase contacto alguno hasta que él se decidiera a volver a escena, decisión, por otra parte, que podía no llegar jamás.

Sara tragó saliva, borró el sms y tomó la decisión de olvidar a aquel hombre caprichoso e imprevisible, aquel fraude masculino tan magnetizador en principio y tan decepcionante después.